

Juan Velarde Fuertes*

Recuerdos del profesor Marull

"Pero, doctor Velarde, ¿es posible que no haya leído ningún poema en catalán de Maragall? Es preciso, es urgente, que lo enmiende. De otro modo no podrá ser ni un buen catedrático de la Universidad de Barcelona, ni podrá decir que ha captado el espíritu de Cataluña". Casi nada más llegar a Barcelona, con mi cátedra recién ganada a finales de 1960, eso me comentaba mi joven ayudante de cátedra, el profesor Marull, en un saloncito del Colegio Mayor San Jorge, donde yo residí algún tiempo.

Tengo que estar muy agradecido por este consejo a Marull, aunque ahora sólo le pueda señalar a los amigos comunes. Recuerdo que unos días después fui a visitar a mi viejo amigo y compañero de curso en el Instituto Ramiro de Maeztu, José María Valverde que era catedrático de estética de la Universidad de Barcelona. En aquella visita recuerdo que éste me aclaró perfectamente -y su juicio me sirve hasta ahora mismo- quién era Jordi Pujol, para el que una serie de pintadas pedían la libertad; me desconcertó -aunque sólo parcialmente, porque bien conocíamos todos sus amigos sus apasionamientos políticos, que sólo eran pasajeros-, porque se declaró castrista, me divertí lo que me contó de una clase, o conferencia, a la que había asistido Franco y el mensaje que él había lanzado allí, previo al famoso de "Sine Ethica, nulla Aestetica; así que apaga y vámonos". Finalmente, al relatarle lo que me había dicho Marull, me miró asombrado : -"¿Pero, es que no has leído La vaca cega ?", y ante la mirada risueña de su mujer, Pilar Gefaell, me dio el poema, mientras continuaba: -"Cuida a ese profesor, porque pocos tienen esa sensibilidad". Sólo por eso, Marull se hubiese convertido, para mi, en uno de mis acreedores preferentes.

Yo había conocido a Marull a través del director de ese Colegio Mayor, Pitu Farré. Marull había sido un colegial muy distinguido. Gracias a él, mi pequeño equipo en la cátedra de Barcelona fue realmente de lujo, porque a quien tuve simultáneamente de profesor adjunto fue nada menos que a Ramon Trias Fargas. Pronto se unieron a nosotros dos jóvenes y brillantes compañeros de Marull, Tarrida y Muntané.

Los cinco nos arreglamos para dar un sesgo diferente al que hasta entonces había tenido la asignatura de estructura económica. Yo siempre había trabajado la economía española, pero José María Berini, que por una

* catedràtic emèrit d'economia aplicada de la Universidad Complutense, conseller del Tribunal de Comptes i acadèmic de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

pintoresca carambola administrativa, se había convertido en catedrático de la asignatura, se negó a pensar en rotaciones o cosas parecidas. Gracias a eso me divertí -nos divertimos mucho los cinco- montando una forma original de explicar la economía mundial. Para las prácticas de un grupo especialmente selecto, decidimos que sería estupendo montar la Contabilidad Nacional de Andorra. Hubo incluso entusiasmo en el Principado -nuestro enlace era Antoni Aristot, director adjunto de la Banca Mora- y en los alumnos. Las magnitudes monetarias eran muy pequeñas. Según el documento Exercici 1960. Pressupost el total de los ingresos de los Valles de Andorra había sido en 1960 de 23,8 millones de pesetas, y los gastos, alcanzaban los 22,2 millones, con un superávit de 1,6 millones. Se pusieron las primeras piedras y todo se vino al suelo por estas tensiones que surgen en los claustros, que yo siempre empeoré, llevado de mi orgullo que, más de una vez, se mezcla con soberbia. Pero allí quedaba, de jóvenes licenciados y de excelente alumnos, un grupo excelente, en el que recuerdo al profesor Ortí -al que di un susto tremendo, porque andaba en actividades políticas clandestinas, y se me ocurrió para una cita en Andorra, enviarle un telegrama una madrugada- y al profesor Argandoña.

Con Marull desarrollé un curso de economía soviética, que entonces era cosa casi provocativa, y él y Trias Fargas desarrollaron lecciones concretas del programa.

La vida económica industrial de Barcelona nos llevó a trabajar, dentro de un curioso asesoramiento, con el gremio de la Confección, que capitaneaba el señor Salmurri. Él nos hizo entrar en contacto con un brillante profesor de economía de la empresa, Antoni Serra Ramoneda, que enlazó a las mil maravillas con todos nosotros. Trias Fargas quedaba aparte en esto, porque caminaba por las aguas más profundas del Banco Urquijo, de la Editorial Labor, y de la Unión Española de Explosivos. Esta actividad nos abrió, en muchos sentidos -el material y el espiritual, que era el más difícil de captar- el Fomento del Trabajo Nacional.

El poder adentrarnos en un sector concreto, tan lleno de problemas y de tanta tradición como el de la confección, a mi me resultó apasionante. Marull me comentaba enlaces, anécdotas, noticias de empresarios concretos, de pueblos afectados. Muy catalán, aunque nada de campanario -y creo que nos entendemos todos-, fue, con Trias, Fabián Estapé y en algún grado con un joven delegado de los estudiantes de la facultad, Ernest Lluch, uno de los que me hizo admirar el noucentisme, me impulsó a leer de otro modo a Cambó, me llevó a captar matices de mosén Cinto y, sobre todo, y vuelvo más atrás, me hizo que percibiese la importancia de Maragall. Recuerdo que cuando me nombraron en 1973 secretario general técnico del Ministerio de Educación, tenía en una mesa

un dibujo precioso con el perfil, contemplándose mutuamente, de Unamuno y Maragall. También me acuerdo el día que Marull me llevó a ver el templo de la Sagrada Familia.

A mi me pareció que Marull tenía ante sí un porvenir espléndido, y que era necesario que pasase por Madrid. En el fondo yo creía -y quizá siga creyendo- en aquel consejo que Enric Prat de la Riba daba a muchos de sus amigos : "Sols vivint a Madrid es pot governar Espanya; els catalans us respectaran molt més si us tenen lluny que si us tenen a prop". Al ganar en 1963 la cátedra de Madrid, que me permitía explicar, ¡al fin! economía española, porque a José Luis Sampedro lo que le apetecía era dar cursos de Introducción a la estructura económica, y de economía internacional, y al ser simultáneamente vicesecretario de estudios, es decir, jefe del servicio de estudios, del Ministerio de Trabajo, le propuse a Marull, recién casado, que se viniese conmigo a Madrid, a la universidad y a la vicesecretaría de estudios, donde estaban, entre otros, Santiago Roldán, el economista del Estado Rafael de Cossio, Emilio de la Fuente y José María Maravall.

Poco a poco ambos grupos se ampliaron y enriquecieron mutuamente. Marull pasó a trabajar muy directamente con esa espléndida elaboradora de estadísticas laborales que era María Luisa Ardura, en la confección de una Contabilidad Nacional de la Seguridad Social española, que tenía como punto de apoyo un libro muy interesante del hacendista Alan T. Peacock.

Vivía el matrimonio Marull cerca de mi casa, en la calle del Pez Volador. Todo parecía ir muy bien, pero un día se me presentó en mi domicilio: - "Quiero ser muy franco contigo. Echo muchísimo de menos a Barcelona, a mis amigos, a mi ambiente; si quieres, echo de menos a Cataluña". Lo comprendía instantáneamente, y no puse el menor inconveniente para que retornase a sus lares. Recuerdo que hubo un sentimiento general de pena -y también de comprensión admirativa- en el ámbito de la universidad y muy especialmente en el Ministerio de Trabajo. Muchos años después, aún me decía María Luisa Ardura, cuando necesitábamos ampliar nuestros funcionarios: -"Y no sería posible recuperar a Marull ?" No, no era posible.

Hubo un momento en que volvimos Serra Ramoneda y yo a pensar en él. Fernández Sordo nos llamó a ambos para confiarnos, de modo reservado, que pensaba transformar la Prensa del Movimiento en una Sociedad Anónima Laboral, una figura jurídica que yo había conseguido, desde el Ministerio de Trabajo, que crease aquella mente impar en el campo del Derecho, que fue Alfonso García Valdecasas. Tuvimos algunas reuniones, recogimos algún material, la idea era factible, y muy ciego había que estar para no percibir que la inexorable evolución política que se avecinaba iba a exigir la desaparición de la entidad. ¿ No cabía pensar en que la sucediese algo original, como había acontecido en Francia después de la liberación

con Combat, con Le Monde, pero con otras dimensiones, porque las circunstancias no eran las mismas?

Era intentar una colosal novedad política y en materia de información. Todo, como sucede casi siempre en las tareas originales, de apertura y de futuro, quedó en nada. Si hubiera seguido adelante, Serra y yo habíamos pensado en que se necesitaba la ayuda de Marull.

A partir de ahí, por amigos comunes, sabía de sus progresos, de sus puestos, de su seriedad, de algún problema familiar. Después de un largo silencio y, de pronto, en mi lectura semanal del artículo de Fabián Estapé en La Vanguardia, conocí la noticia de su muerte. Guillem Sanchez me lo ampliaría.

Ahora desempeño, con estos recuerdos de viejo economista, de profesor que se encamina hacia la última vuelta del camino, un papel que me parece importante. Escribió de sí Cambó : "No faré la relació de les meves virtuts i qualitats. Preferiria que la fessin els qui més a prop han estat de mi.....Estic segur que.....cap podria assenyalar una incorrecció, una baixesa, una deslleialtat, una manca de caritat, un rancor." Pues de esas virtudes tengo que levantar acta cuando recuerdo aquellos lejanos, azules, ilusionantes días de Barcelona, cuando me encontraba a Marull en la Estación de Francia y me aconsejaba sobre el mejor modo de que saliese adelante, para suceder al Dr. Polo, nuestra candidatura de Estapé como decano de la Facultad, y lo planteaba todo siempre con una sonrisa, con aire divertido y añadía : "Ya he localizado, doctor Velarde, ese artículo que me señaló el otro día de Jaszi."